

LA UNIDAD Y LOS MATICES

EL éxito popular del viaje de los Príncipes de España a Málaga se suma a la serie de hechos análogos que han venido ratificando el acierto inicial de la designación de don Juan Carlos para la sucesión.

Hemos defendido la idea de que todas las piezas del mecanismo constitucional deben entrar en funcionamiento si se quiere que el mecanismo esté a punto cuando hará más falta. Desde que aceptó su nombramiento hace más de dos años, el Príncipe ha hecho viajes oficiales, ha presidido actos, ha recibido a españoles de todas clases y ha tenido una presencia creciente en la vida nacional que culmina en contactos directos con el país como el que motiva este comentario. En todo el Príncipe ha demostrado prudencia y discreción; recibimientos como el de Málaga demuestran, por otra parte, la sensibilidad de un pueblo que ve en él la garantía de continuidad y de que, al contrario que otras veces en nuestra historia, un desarrollo económico prometedor (la provincia citada puede apreciarlo bien) no se malogre por fallo del necesario desarrollo político.

En pocas, pero jugosas palabras, el Príncipe ha recordado que la primera condición es la unidad en lo fundamental; y ha añadido una referencia de gran finura política a "las diferencias de matices, que ciertamente existirán y que servirán para conseguir la variedad de soluciones que son imprescindibles en la vida y en el desarrollo de los pueblos". Nos parecen oportunas unas breves consideraciones no sobre la necesidad de esa diversidad dentro de la unidad, de la que tantas veces nos hemos ocupado, sino sobre su relación con la función del futuro Rey.

TODO jefe de Estado es la encarnación de la unidad de su pueblo, y no se le puede identificar con una tendencia u opinión determinada sin hacerle infiel a su alta misión representativa; con mayor razón sucede eso en la Monarquía, donde a las funciones constitucionales se añaden otras, imposibles de recoger en un texto legal, como son las de consolidación popular en torno a ese puntal de referencia permanente que debe ser la Corona; lograr ese máximo de adhesiones, esa ancha base de convivencia que en nuestra Patria consiguió la Monarquía de la Restauración y explica su duración, pues aquella Monarquía cayó cuando perdió la elasticidad necesaria para seguir siendo el régimen de todos los españoles y se cerró a los sectores de opinión que habían ido surgiendo y ya no se encontraban representados. La fuerza de aquella Monarquía, como la de cualquier régimen, estaba precisamente en su amplitud, no en su estrechamiento.

AHORA bien; de lo dicho se deducen dos consecuencias prácticas. Una es que nadie que desee sinceramente el éxito del futuro Rey de España puede pretender monopolizarle, reduciéndole a Rey de una tendencia. El fracaso de esa pieza fundamental de nuestro futuro sería la amarga consecuencia de tan egoísta falta de visión.

La otra consecuencia es que, para que la Monarquía pueda estar "sobre" los distintos matices, es necesario que estos matices existan o, mejor dicho, que tengan la posibilidad legal de manifestarse, porque si no, como existir sí que existen, el poder aparecería identificado con uno solo de ellos, que es lo peor que podría pasarle, puesto que de ser poder público se convertiría en el portavoz de una facción.

Comentando otras declaraciones del Príncipe ("podéis estar seguros que nunca seré yo dique que contenga, sino cauce por el que poder discurrir ordenadamente"), decíamos hace un año que, si se está de acuerdo con lo que el futuro Rey ha de significar, si se aplauden palabras como las citadas, hay el compromiso moral de preparar todo aquello que el día de mañana le haga posible cumplir su difícil cometido. La Corona no se podrá desenvolver si tiene que hacerlo en el vacío; pero ese vacío hay que llenarlo hoy.